

Los Libros

CUATRO ETAPAS EN LA VIDA DE ANATOLE FRANCE, por *Luis Reissig*.

Como verdaderamente es poco conocida la actitud de Anatole France frente al problema político y social de su tiempo, vamos a comentar y glosar de este buen estudio de Luis Reissig (1) lo tocante a este aspecto que su fama literaria absorbió y que guarda no breve interés para conocer al hombre. Si es efectivo que los marxistas se sonríen de él debido a su fragilidad en cuanto a conocimiento teórico, su simpatía por el movimiento popular fué evidente y su interés por la política no menos comprobable. A un amigo, Charles Braibant, le confesaba: «La literatura es mi violín de Ingres. Yo hubiera querido actuar en política». Esta afirmación puede aparecer sorprendente y contradictoria si se recuerda como se burló de los políticos en su HISTORIA CONTEMPORÁNEA, su amargo desagrado por la cosa pública demostrado en LA ISLA DE LOS PINGUINOS y la manera como trata a la Revolución Francesa en LOS DIOSES TIENEN SED. Más aun, sorprendente pudiera considerarse su acercamiento posterior a la clase obrera, cuando, siendo contemporáneo de la Comuna, no comprendió el sentido social que ella entrañaba, movimiento que calificó de «locura furiosa». El mismo cuenta que el día que triunfó la Comuna en París entró a un almacén a comprar cigarrillos. Había varios guardias nacionales en la puerta. Uno, beodo, quiso abrazarlo. «Rechacé rudamente al miserable que apestaba

(1) *Cursos y Conferencias*. Buenos Aires.

a vino, crimen y caridad universal y lo llamé malvado», termina Anatole France.

«Muchas de las llamadas contradicciones de France—opina Reissig—se aclaran si nos preocupamos de recordar acontecimientos que lo sacudieron con más o menos violencia. Así, la desaparición de Silvestre Bonnard, el despertar de su ironía fuerte y de su escepticismo están íntimamente vinculados con los acontecimientos políticos de los que fué figura predominante el general Boulanger, como el avance del socialismo y anarquismo a partir de 1889, el escándalo de Panamá, la tragedia de Fourmies y el movimiento antirracionalista y clerical nos dieron al abate Jerónimo Coignard, cuyo escepticismo tiene sus raíces no en la metafísica sino en la realidad».

Fué un admirador de Boulanger. Cuando comprendió que con éste habría servido a la corriente representada por el clero y la clase gobernante, se apartó y se opuso a los que considero enemigos de la sociedad. Su actitud fué tímida. Pero no era un luchador social. Ni un tribuno. «Nada de hombre de biblioteca en adelante; pero sin pasar de un salto desde el recogimiento de la meditación a la palabra encendida. Para que la pluma de France escriba un alegato tan áspero como LA IGLESIA Y LA REPÚBLICA han de pasar unos quince años. Por ahora, húmeda aun la tierra arrojada sobre la tumba de Silvestre Bonnard, sólo tendremos páginas como éstas, ignoradas por muchos, que datan de 1890. Se refiere a una sesión de la Cámara de Diputados de Francia. En ella, France confiesa con un tono de amargura: «La parte de nosotros, los cronistas literarios, no está en la política ni en los negocios. Habitamos—agregá con ironía—en la cima tranquila de los «templos serenos», de donde no nos es permitido salir. Pero tenemos a veces deseos de bajar hasta la multitud y arrojarnos en la lucha.

Por mi parte, he sentido en más de una ocasión ese violento deseo. He envidiado más de una vez a mis compañeros de la primera página (se refiere a los editorialistas del periódico)

que toman a lo vivo las cosas y cuyo pensamiento es todo acción. No es necesario apurarme mucho para hacerme confesar que la lengua que amaría hablar es la lengua robusta y simple de los hechos, la lengua de un Guichardin o un Dufaure. A ciertas horas, siente alguna vergüenza al tocar la flauta. Creedme que el arte más grande es el de la obra. Estudiando a los hombres y a los que ellos dejan tras de sí, me persuado cada vez más que nada templa tanto el talento como arrojarse en la acción. Goethe tenía mucha razón al decir que las obras maestras son siempre, por algún lado, actualidades. La obra maestra de nuestra literatura es un panfleto sobre las cuestiones eclesiásticas del siglo XVII. LAS PROVINCIALES de Pascal no son otra cosa y nuestro más grande escritor fué un periodista antes que existieran los periódicos».

Poco a poco, se va desenvolviendo en France la comprensión de la realidad social. Hechos externos le ayudan, como la celebración del primero de mayo en París, en 1890, en que las clases acomodadas vivieron horas de temor y profundo desasosiego. Veinte regimientos se estacionaron en la metrópoli para mantener el orden. Una delegación se dirigió al Parlamento, pidiendo la jornada de ocho horas, reivindicación obrera imperiosa de esa época. Pero, sobre todo lo que hirió más su consciencia fué la tragedia que se desarrolló el 1.º de mayo del año siguiente en Fourmies, pequeña ciudad del norte de Francia. Ese mismo día se celebraba la fiesta de la recolección. Días antes los obreros de una fábrica se habían declarado en huelga, pidiendo aumento de salarios. El 1.º de mayo los huelguistas fueron en busca de otros obreros que estaban trabajando, instándolos a plegarse a su movimiento. La policía detuvo a varios. En la tarde, la manifestación se acrecienta. Congregados en la plaza del pueblo se pide la libertad de los detenidos. Se ordena despejar el paseo con bayoneta calada. La multitud retorna; quiere que le devuelvan los prisioneros. Se suman a los manifestantes mujeres y niños que llegan de los alrededores. Vienen de la fiesta

de la recolección. Cuando la inquietud crece, la protesta, el grito, se da orden de disparar contra ella. Resultado: catorce muertos, varias mujeres, todas menores de veinte años. Una, en sus manos adolescentes, apretaba una guirnalda de flores.

Inusitadamente, Francia entera se sacudió con este hecho. De todos los sectores se protesta. Se persigue a los dirigentes socialistas. Millerand defiende al «leader» Paul Lafargue. Clemenceau afirma en la Cámara que «el cuarto estado es quien se levanta para conquistar el poder». Y el Papa de la cristiandad, León XIII, «también hace su socialismo, lanzando al mundo catorce días después de Fourmies su encíclica RERUM NOVARUM».

Pero pronto decae el entusiasmo de France y su socialismo naciente queda estancado. Esquiva la lucha y sostiene que «la imbécil naturaleza humana no ha imaginado ni construído nada que valga la pena de ser atacado ni defendido bien vivamente». Se siente desorientado, inclinándose más al anarquismo que por ese tiempo era considerado por León Blum como el porvenir de Francia.

«La curva socialista que había ascendido en France con el 1.º de mayo de los años 1890 y 1891 y la tragedia de Fourmies, baja ahora, y unidos los dos desencantos: el del boulanguismo y este otro de Panamá, donde cae Lesseps (el autor del canal de Suez, condenado por estafa, junto a su hijo Carlos y a Eiffel por mala administración en el planeamiento del canal de Panamá) uno de sus admirados, le dará a Coignard ese acento de tristeza que cubre un desgano que linda con el escepticismo. Profesor de anarquía parecerá en lo sucesivo. Pero de una anarquía sui generis, muy a lo Anatole France, sin optimismo, con dolor más que con rebeldía; y sin amor a los hombres».

Termina Luis Reissig su novedoso estudio, considerando que France «más que un socialista militante fué un apasionado defensor de la justicia».—A. T.

